

Adolfo Cáceres Romero

La Madre del Layme

(Cuentos)

Grupo Editorial
Kipus



¿POR QUÉ A LAS MADRES?

Porque todos –absolutamente todos– tenemos una, que nos concibió y albergó en sus entrañas. La singularidad que me llevó a escribir estos cuentos emerge de la vida real, sazónada –una vez más– con la sal de los grandes trágicos griegos, especialmente Sófocles y Eurípides. Su espíritu creativo no tiene espacio ni tiempo. De ahí que, al volver a mis libros preferidos, junto a otros que voy descubriendo cotidianamente, encuentro que están presentes –directa e indirectamente– en varios de nuestros escritores que nos sirven de modelo. Hasta el célebre narrador japonés Haruki Murakami, en su novela *Kafka en la orilla* (2000), bebe de sus aguas. Claro que la vida de por sí es trágica. No faltan pensadores que nos recuerdan que empezamos a morir desde el momento en que nacemos. Esto me trae a la memoria las ideas de Nietzsche y Schopenhauer, aunque esa visión trágica de la vida no nació con ellos, precisamente. Por lo que sé, siempre ha estado presente en la literatura universal; en cuanto a la concepción del pesimismo literario, apareció con Samuel Taylor Coleridge, poeta y crítico inglés que, durante su permanencia en Francia, fue impactado terriblemente por la revolución de 1789; luego, imposible olvidar a Edgar Allan Poe, cuyos relatos

abordan magistralmente la muerte y el mundo de lo fatídico; ni qué decir de *Las flores del mal* (1857) de Charles Baudelaire y de *Los cuentos de Maldoror* (1890), de Lautrémont. En nuestro medio, siempre están conmigo los versos de *Del tiempo de la muerte* (1964), de Edmundo Camargo; entonces, pienso que tal visión no se aleja de la que les planteo en estos cuentos, con dolor, amor y esperanza. Síganme. Son historias insólitas, verdaderas. Surgieron al son de cantares nostálgicos y melancólicos. Espero no defraudarlos, al menos no en estos cuentos que –en esta etapa de mi vida– pueden ser los últimos que escribo.

LA MADRE DEL LAYME

Para Germán de la Reza

“Se hacen supersticiosos oyendo narrar los prodigios que rezan los yatiris, personalidades extraordinarias en comunión constante con los seres que pueblan el siniestro mundo de la fantasía.”

“Pueblo enfermo”, Alcides Arguedas

“Anciano.- Precisamente en ello reside lo bello de la vida.

“Agamenón.- Mas esa belleza es engañosa, y la ambición de honores es dulce, pero atormenta al que los consigue. Unas veces un fallo en las cosas que a los dioses atañen trastorna una vida, otras veces la desagarran las opiniones múltiples y volubles de los hombres.”

“Ifigenia en Aulide”, Eurípides

I

Todavía el aire se hallaba impregnado de un penetrante olor a pólvora, alcohol y coca, luego de la incursión de los laymes a la comunidad de los jukumanis. Entre los pajonales quedaron varias latas de alcohol “Caimán”, algunas con restos de aguardiente y manchas de sangre. Escupitajos de coca señalaban la senda que habían recorrido.

Apenas despuntaba el sol, esa mañana fría, los laymes habían atacado una vez más a sus ancestrales rivales. Estrenaron con gran alboroto sus fusiles máuser. Sus disparos causaron más susto que víctimas. El ladrido de los perros había alertado a los jukumanis, quienes, a hondazos, lograron evitar una masacre entre su gente; alguno que otro jilakata o principal disparó su carabina, lo que les hizo ver a los atacantes que ellos también poseían armas de fuego.

Al medio día, luego de que los laymes se hubieron retirado, llevándose a sus heridos, algunas *imillas* jukumanis empezaron a pastar las ovejas. Wakolina era una de ellas. Siguiendo las recomendaciones de su madre, subió a una breña para convencerse de que por ahí no hubiera ningún enemigo. El panorama altiplánico era el de siempre, con sus peñascos y montañas azulgrana que se perdían a lo lejos, donde una cadena de nevados marcaba el límite azul del cielo; abajo resaltaban los cuadros de las sementeras de oca, papa y quinua. Chiwancos y leke lekes revoloteaban por los alrededores. Cuando la muchacha descendía, escuchó un quejido que salía de entre unos peñascos, al pie de una quebrada. “¡Yanilu!”, gritó al perro pastor que retozaba entre las ovejas, “¡Yanilu!” El perro negro y canoso, subió meneando la cola. “Yanilu, alguien está por aquí”, le dijo la pastora, señalándole el lugar de donde salía el quejido. El perro no se movía; sólo meneaba la cola, con la lengua afuera. “¡Ay, perro viejo!, le reprendió

Wakolina, aproximándose hacia esos pedruscos. Luego de dar unos pasos, recién el perro se puso a ladrar; había olfateado la presencia de un extraño. Ahí, tendido, se quejaba un hombre joven. Era un layme herido. La muchacha se llevó ambas manos a la boca, ahogando un grito; quiso correr para alertar a su gente, pero se contuvo, cuando advirtió que el perro se aproximó al herido, con cautela, husmeándolo, para luego batir la cola amigablemente. “¡Yanilu, ven!”, gritó Wakolina, asustada y confundida por la actitud de su perro.

El layme era un joven de más o menos 20 años; hizo un esfuerzo por ponerse de pie, pero volvió a caer. Tenía una pierna rota y la cabeza manchada de sangre; había sido alcanzado por un hondazo y cayó de lo alto de la quebrada. “Wako, no huyas”, le dijo a la joven que se quedó paralizada, porque el layme la había llamado por el nombre con el que sólo sus familiares se referían a ella. “Wako, Wako”, la llamaba el herido con voz débil, suplicante; le decía que no le haría daño, que varias veces había estado por esos lugares, observándola, sin atreverse a hablarle por la enemistad de sus pueblos; así fue como escuchó que sus compañeras y hermanos la llamaban “Wako”, nombre que se le había hecho inolvidable; así también logró la amistad de Yanilu. Le explicó que él no estuvo esa mañana en plan de ataque, que sólo quería verla y, tal vez, si se presentaba la oportunidad, llevársela consigo.

Wakolina no podía creer lo que escuchaba; permanecía absorta y paralizada, frente al más feroz de los enemigos de su comunidad. “¡Way!”, suspiró y retrocedió lentamente. “¡Tatay!”, gritó, huyendo del lugar, hasta que llegó a su choza, exhausta. Su madre que hilaba con la rueca, le preguntó qué pasaba. Wakolina, jadeante, le dijo que se encontraba cansada, y se fue a recostar sobre el cuero de llama que le servía de cama. “¿Y las ovejas?”, su madre la miraba, preocupada. “Ahorita las voy a arrear”, le contestó, cerrando los ojos. Pensaba en lo que le había dicho el layme, y no se animaba a denunciarlo ante sus padres; sentía que le era atractivo, pero no podía haber nada entre ellos. Era un enemigo. Esperaba que ya se hubiera marchado para cuando fuera a meter las ovejas en el corral. Al cabo de una hora, sacó un pequeño espejito redondo, con el esmalte gastado; se miró y sonrió, advirtiendo que un mechón le caía al rostro. “Yanilu, vamos”, se preparó para verificar si el layme continuaba en el mismo sitio; de ser así, no tendría más remedio que alertar a su gente sobre su presencia. Los laymes, si lo buscaban, no tardarían en llegar. “¡Ay, Yanilu!”, suspiró. Probablemente los jukumanis lo matarían.

—Voy a ver las ovejas—, le dijo a su madre, al salir.

Avanzó lentamente hacia los pedregones; sentía en el pecho la presión acelerada de los latidos de su corazón; tenía miedo y ansiedad por saber si el layme

aún continuaba en ese lugar. Yanilu, el perro, se le adelantó y volvió ladrando. El layme continuaba tendido en el suelo; al ver que la muchacha había vuelto, le sonrió. “¡Por qué no te fuiste!”, le reprochó Wakolina. El layme le dijo que la esperaba, que ansiaba verla y escuchar su voz. “¡Tonto, tonto!”, le gritó la muchacha y, cuando iba marcharse, el layme le dijo que no podía moverse, que le dolía mucho la pierna herida, y que si lo ayudaba a ponerse de pie, se iría. La joven, indecisa, se estrujaba las manos. “¿Seguro que te irás?”, le preguntó. “Sí”, le respondió el joven. Wakolina volvió sobre sus pasos, vacilante. Su padre se hallaba reunido con los comunarios y jilakatas, analizando la situación. Si alguien la viera hablando con el enemigo, también acabarían con ella. “¿Pero, te irás?”, volvió a preguntar. El layme sacudió la cabeza afirmativamente, tratando de incorporarse sobre la pierna sana. “¡Ay!”, se quejó al apoyar el pie lastimado; entonces ella vio que realmente era difícil que se pusiera a caminar, sin antes entablillarle la pierna. Probablemente tenía varios huesos rotos; así que Wakolina, con unas ramas y el *chumpi* del layme le entablilló la pierna. Con una rama gruesa como bastón, con ayuda de la muchacha, el layme dio unos cuantos pasos, quejándose de dolor, hasta que ambos cayeron pesadamente sobre el pasto y las yerbas. Wakolina quiso incorporarse, pero él la sujetó; jadeaba encima de su cuerpo. “¡No, suéltame!”, los ojos angustiados de Wakolina. El

layme le besó el cuello, los labios; cuando le abrió las piernas, ella gritó: “¡No, no lo hagas!”. El layme se crispó, frenético. Wakolina forcejeó, a pesar de sentir una sensación extraña que le recorría por el cuerpo. “¡No, por favor!”, balbuceó; sentía algo que la estremecía y le inducía a entregarse al contacto de ese hombre. “Wakitu, mi palomita, desde ahora voy a ser tu hombre”, le susurraba al oído el layme, mientras la penetraba, lentamente. La joven chilló de dolor, pero se movió, al compás del deleite que adormecía su cuerpo.

–¡Y ahora qué va ser de mí!?, exclamó Wakolina, incorporándose. Se sentía indigna de su pueblo y de su sangre.

–No te preocupes. Ahora eres mi mujer–, la consoló el layme.

Wakolina lloraba con amargura, hasta que escuchó la voz de uno de sus hermanos que la buscaba. Se limpió las lágrimas, presa de pánico. Por ahí cerca estaba la cueva del jukumari al que su padre había dado muerte la semana pasada; así que Wakolina condujo al herido a ese refugio, mientras su hermano pasaba por ahí, llamándola. Al no encontrarla, el muchacho arreó las ovejas hacia el corral. Yanilu salió de la cueva y se fue tras de la manada. Pronto volverían a buscarla, y el perro los guiaría. Así que el layme, decidido, sacó de su *ch'uspa* algo de coca y le dijo que debían marcharse juntos. “¿Dónde?”,

preguntó Wakolina, pues los laymes tampoco la aceptarían, para ellos también era una enemiga. El layme le dijo que se irían lejos, a la ciudad donde él había prestado su servicio militar. Tenía unos amigos transportistas que le ayudarían a conseguir trabajo como ayudante en una empresa de buses. Debían darse prisa; siguiendo el curso del río llegarían a la carretera y ahí ya sería fácil tomar un camión.

Cuando Wakolina cargaba con el layme, se oyeron los ladridos del perro y los gritos de sus hermanos y de su padre. Si bien se desplazaban con más prisa por la pendiente, el herido, abrazado de Wakolina, apenas podía usar la pierna sana para caminar, cargando su cuerpo en los hombros de la muchacha. Al percibir la proximidad de los gritos, se ocultaron tras de unos arbustos; pero pronto el perro dio con ellos y, por detrás, aparecieron sus dos hermanos y la alargada sombra de su padre. Wakolina y el layme acezaban, exhaustos. “¡Tatay!”, dijo ella y se abalanzó hacia su padre para pedirle perdón y clemencia por el herido, pero sus hermanos machacaron al layme en el suelo, golpeándolo con gruesos pedregones. El layme no hizo nada por defenderse, después de todo había logrado el amor de su amada enemiga.

II

Wakolina apenas podía dominar las nauseas y ocultar los síntomas del embarazo a sus padres.

ÍNDICE

¿Por qué a las madres?	7
La madre del layme.....	9
La madre del asesino.....	43
La madre clefera	51
La madre del rockero	61
¡Bienvenida, mamá!	70
La madre lejana	78
La madre de Miguelina.....	84
Anagnórisis.....	95
La sombra de panduro	105
La doble muerte del poeta	123
El yatiri blanco	132

"En Adolfo Cáceres, la fuerza simbólica de un territorio, que es mucho más que una geografía: lengua, memoria, coraje, violencia, dolor... En este libro hay una épica, la de la vida, la de las mujeres... Nada menos."

Magela Baudoin

"Este libro continúa la angustiada exploración de la tragedia que, al parecer, es una de las mayores obsesiones de Cáceres Romero. Con su habitual maestría, se acerca, desde diversos márgenes sociales, al sentido profundo del amor y sacrificio, que marca las relaciones entre madres e hijos."

Roberto Laserna

"Adolfo Cáceres Romero mira donde pocos lo hacen hoy y redescubre personajes que no se doblegan; mujeres que, pese a la marginación y los sufrimientos, construyen su presente y futuro, sin perder las esperanzas. Estos cuentos valientes dibujan una sociedad en transición, un lugar para construir nuevos espacios, donde las tradiciones se resisten a morir."

Edmundo Paz Soldán

"*La madre del layme*, una arrolladora parábola de la vida que hace de Adolfo Cáceres Romero el gran maestro de la narrativa boliviana."

Germán A. de la Reza

"Desde el principio este libro me gustó; son buenos cuentos, bastante fuertes y variados en una temática singular."

Adolfo Colombres

ISBN: 978-99974-66-45-7



9 789997 466457